



Miguel A. Rodríguez P.

La grandeza de un pueblo se mide por sus hazañas, su legado de valores, creencias, tradiciones que con el tiempo se convierten en leyendas, mitos, realidades impecederas alimentadas por el imaginario popular.

El Comprador de Oro

Hace 120 años llegó a la ciudad de Zumba un caballero de buen vestir, dedicándose por entero a la compra de oro, pagaba bien y su balanza era justa según comentarios.

Con su sonrisa amplia y frontal, que dejaba ver una dentadura de oro refulgente, era la envidia de todos, y el anhelo secreto de las jovencitas por casarse con un novio rico.

Se come el oro, por eso tiene los dientes brillantes o tiene pacto con el diablo decían unos; otros que es el maligno en persona, inclusive había unos con la mente delirante que aseguraban haberlo visto volar los días viernes al mediodía, cuando el sol estaba radiante y abrasador.

Nada de esto era verdad, si lo era el tiempo lo confirmaría.

Llegó a Zumba porque había oro, y el oro mueve a todos: unos a sacarlo y otros a comprarlo, él era de los últimos.

Nunca iba a misa, porque consideraba una pérdida de tiempo, para él todos los días eran iguales. Trabajar, comprar, pagar... Si le iba bien era porque Dios estaba con él y con eso bastaba.

10 años con este ritmo de vida, despertaron la curiosidad de los zumbeños.

De donde sacaba el dinero, pensaban si cuando llegó solo trajo un baúl de ropa y un extraño aparataje metálico.

Dos jóvenes decidieron averiguarlo. Coincidieron que la hora indicada era al medio de un viernes o martes cuando el sol estuviera radiante.

Cuando el día era propicio los intrépidos voluntarios decidieron cumplir esta misión. Armados de un hacha bendita de piedra, rosarios y un frasco de alcanforado iniciaron la aventura.

Con el corazón palpitante, llenos de miedo y curiosidad ingresaron a la casa, confiando que su dueño esté realizando su recorrido aéreo.

Su primer sorpresa fue encontrar las puertas de acceso sin llave, todas menos la que daba al zaguán. Unas argollas doradas amarradas con cadenas del mismo color sellaban la puerta.

Silencio, solo silencio, nada que indicara rastro de vida, confiados pero con miedo latente desataron las cadenas e ingresaron.

Unos segundos y varios parpadeos bastaron para acostumbrarse a la obscuridad. Conforme avanzaban una

tenue luz devoraba las sombras y permitía observar el lugar.

Al fondo de la estancia, en el centro, sobre una mesa recubierta de sábana negra había un cuerpo acostado. Al verlo en forma instintiva se persignaron.

La curiosidad pudo más que su miedo y viendo la inmovilidad del sujeto, con el machete en alto y el frasco de agua bendita destapado se acercaron.

Ahí estaba el ateo, el hombre que no iba a misa, que pasaba su vida comprando oro y más oro.

Por interminables minutos permanecieron en silencio, observando, tomando idea de lo que pasaba.

Es posible que esté volando, dijo el uno, he oído que solo el alma vuela, que el cuerpo queda en casa.

Venciendo su miedo se acercaron, el más osado se atrevió a tocarlo, está helado dijo, parece que está muerto concluyó.

Regresemos a avisar a los demás, se pronunciaron. Un gemido escalofriante los paralizó y en forma instintiva la mano que sostenía el hacha de piedra cayó fulminante sobre la cabeza del hombre, matándolo en el acto.

Incredulidad e incertidumbre dieron paso a rezos, santiguadas, miradas de asombro. Habían matado al comprador de oro.

Necesitaban más claridad para tener una idea total del lugar, abrieron una ventana lateral y la puerta del fondo, lo cual les dio una visión precisa.

Sobre una mesa había un extraño artefacto, junto a él varias pilas de billetes de 20, 50, cien y mil sucres totalmente nuevos. En un arcón había infinidad de

billetes de a diez y de a cinco sucres igualmente nuevos. Días después se descubrió que en su dormitorio tenía toneladas de oro en polvo, así como libros con Fórmulas cabalísticas para vivir sin comer, realizar curaciones milagrosas y resucitar a los muertos.

Cerrar la puerta y salir fue un acto realizado en silencio. Atrás quedaba el muerto, el oro los billetes y los libros con sus fórmulas mágicas.

Una vez fuera y sintiéndose más tranquilos, contaron a sus amigos lo que había en la casa del comprador de oro, omitiendo como murió el dueño.

Chicos y grandes decidieron que el más indicado para solucionar este asunto era el cura.

Después de contar su historia al religioso, sentenció: era un hombre compactado con el maligno, no podemos enterrarlo en el cementerio pues dentro de siete días resucitaría y se comería a todo el pueblo; debemos arrojarlo al barranco que existe en la quebrada de Zumbayaco, ordenó.

Los presentes desaprobaban esta decisión pues no sabían quienes lo llevarían, por eso preguntaron ¿existe otra solución? sí contesto el párroco hay que enterrarlo de cabeza para que no pueda salir.

Puestos de acuerdo, decidieron sepultarlo al siguiente día, mientras cavarían una fosa profunda.

El panteonero estaba a cargo del entierro, la mayoría de habitantes acompañaron, con miedo pero felices de librarse de tan terrible amenaza.

Grandes botellones de cinzano y damajuanas de trago estaban a la orden, su contenido circulaba a diestra y siniestra para darse valor.

Los trescientos metros que separan del cementerio local fueron recorridos en medio de letanías y ritos mesiánicos desarrollados con fe.

Al llegar al camposanto descansaron, entre tragos, anécdotas de aparecidos y nuestras de valor se les fue la tarde y llegaron las primeras sombras, decidiendo por tanto que era hora de poner el ataúd en la fosa.

Solo había un problema, la caja era rectangular, uniforme y nadie sabía dónde estaba la cabeza o los pies.

Ante este dilema, se encomendaron a Dios y cogiendo el ataúd lo arrojaron sobre la fosa.

El panteonero sería el encargado de controlar y avisar de alguna novedad.

Al quinto día de su recorrido observó que donde estaba enterrado el ateo, una mano salía de la tierra. Se está saliendo pensó. Al siguiente día asomaban las dos manos, la culpa es mía -se dijo- por no haber marcado donde estaba la cabeza.

Avisar a sus amigos y regresar junto al muerto fue todo uno, decidiendo ponerle encima tierra, piedras y palos. Sin embargo al sexto día estaba salida la mitad del cuerpo.

Conocedor del hecho, el cura dio la solución. Tienen que confeccionar sogas con pelo de cola de buey, hacerlas bendecir y luego atarlo fuertemente con estas. Cuando llegue la luna llena arrojárselo al barranco. Ocho hombres justos deben llevarlo, ir rezando y no hacer caso de las promesas o amenazas del resucitado.

Llegada la luna llena, ocho hombres escogidos de entre los más piadosos cargaban la chacana que llevaba al muerto resucitado.

Los siete kilómetros para llegar a su destino fueron los más largos de sus vidas. Tanto por las amenazas y maldiciones que profería como por los ofrecimientos de riqueza y vida eterna, así como por los movimientos y circunstancias del hecho demoniaco.

Si ellos rezaban, él también lo hacía, se sabía todas las oraciones y letanías: Cerca de su destino, se calmó en sus ajeteos y pidió: compañeros bótenme despacio, no ven que caeré por ese precipicio a lo más profundo de la quebrada y que ya no volveré. Ellos pese a estar los oídos taponados con cera de abeja, escuchaban todo.

Al llegar, como puestos de acuerdo a una sola lo arrojaron. Sin embargo en su forcejeo había logrado liberar un brazo y con este agarro del poncho a uno, llevándose consigo la mitad de esta prenda.

Los terribles alaridos que profería el muerto vivo al caer retumbaban en el encañonado del barranco.

Ellos, sin regresar a ver emprendieron el retorno, corrían y corrían, porque parecía que los venía siguiendo, oían claramente el sonido de la chacana al dar vueltas sobre el camino real así como sus maldiciones y amenazas para que lo esperen, lo cual daba renovada agilidad a sus piernas.

Cansados, llenos de miedo arribaron a la ciudad, donde el cura junto a los feligreses rezaban por el éxito de la empresa.

Permanecieron orando toda la noche, al amanecer fueron a la casa del endemoniado.

Revisado todo lo existente, lo más destacado era los cientos de sacos llenos de oro en polvo, las cajas y cajas de billetes

nuevos como recién acuñados, las miles de monedas de oro y plata y joyas apiladas en grandes arcones de cedro.

Los libros fueron quemados y la máquina de hacer billetes como era de hierro no pudieron destruirla por lo que la enterraron en la fosa del resucitado, que según los antiguos habitantes queda a la entrada del cementerio de Zumba.

Autor: Miguel A. Rodríguez P.
kiev.mr@hotmail.com